



Milagros Socorro

# **A través de un oboe**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Milagros Socorro**

## **A través de un oboe**

-Lo siento mucho, Silvia. Sólo quería que supieras que, de verdad, lo siento mucho.

-Está bien -contestó ella en voz muy baja, sin mirarlo.

Pese a la circunstancia que los había congregado, la cena transcurrió en un ambiente alegre. Los hombres se ocuparon de asar la carne y las mujeres prepararon una rápida ensalada y varios jugos de fruta. Después de la comida conversaron un poco, evitando volver sobre el tema, y cada uno se acomodó en la hamaca que le había sido asignada en el enorme bohío que presidía el patio de la hacienda. El canto de los grillos llenó la noche, inmensa en medio del campo. Silvia e Ismael permanecieron sentados en las sillas de extensión de la terraza, observando en silencio los extraños rituales que sus amigos realizaban para irse a dormir. Lejos de parecer agotados, ambos conservaban su acostumbrado aspecto de «figurines». Las tenues ojeras de Silvia contribuían a acentuar su sofisticada belleza y su vestido de luto igual pasaba por un artificio para poner el acento en su dramática blancura. El traje gris oscuro de Ismael seguía perfecto. Esa mañana, al entrar a la capilla su elegancia había impresionado a todos.

-La luna está preciosa -comentó Alicia pasando cerca de ellos con un montón de platos sucios.

-Deberías verla -le dijo Ismael a Silvia en tono de confidencia-. Si te sientas en mi silla, la verás. De verdad que está hermosa.

-Está bien -contestó ella sin moverse de su asiento de mimbre-. -Nunca te ha gustado ver la luna llena.

-Nunca.

-Es extraño.

De la casa llegaban los ruidos que hacía Alicia en la cocina. Los platos chocando entre sí, el estrépito del zapato al estrellarse en la pared y el chasquido de asco provocado por la sombra espumosa que deja el cadáver de una cucaracha, la hermosa voz de Alicia cantando boleros sin mucho respeto por los versos originales. Con las manos metidas en los guantes plásticos, apareció en la puerta que daba a la terraza para pedir un cigarrillo.

-De esos no, por favor. Ismael, cariño, préstame uno de los tuyos y pónmelo en la boca.

-Está comprobado -dijo Silvia, alzando la voz por primera vez en toda la noche. Ellos se la quedaron mirando; Ismael se había levantado de su silla para ponerle a Alicia el cigarrillo en la boca-. El tabaco rubio es más dañino -agregó tiras una pausa.

-¿Más dañino para quién? -preguntó Alicia sacudiendo las manos y dejando pequeños círculos de jabón en el piso-. No sé cuánto daña el tabaco rubio a quien lo fuma, pero sí puedo decirte cuánto me choca a mí el olor de esa porquería que fumas tú.

-Si quieres lo apago -dijo Silvia retornando el sofocado tono de su voz, recostada muy quieta en la silla de alto espaldar-. Si te molesta que fume en tu casa, te aseguro que no lo haré.

-No sé cómo esperas que te crea -respondió la otra con buen humor, lanzó un beso a su amiga con la punta de sus dedos enguantados en hule y regresó a la cocina.

Ismael dejó caer su cigarrillo y lo frotó enérgicamente con el zapato como bailando un solitario twist. Silvia no advirtió el gesto, estaba concentrada mirando revolotear los insectos en torno a la lámpara del techo.

-Cuando te conocí, juré que eras una de esas mujeres que adoran la luna llena -ya tenía otro cigarrillo entre los dedos-. Dime por qué me equivoqué.

-Es tu costumbre de jurar en vano, sólo eso. Nadie podrá decirte nunca por qué te has equivocado.

-Claro, amor -rió nerviosamente-. Me refiero a que no sé por qué te disgusta ver la luna.

Alicia había terminado de arreglar la cocina y se había dirigido al bohío a través del camino de piedras que comunicaba la casa con la enramada. Salió sin hacer ruidos, evitando interrumpir.

-Hemos debido ayudar a Alicia.

-No te preocupes, cielo. Yo me ofrecí para ayudarla con los platos y ella prefirió que me quedara aquí contigo. Sabe que estás extenuada, necesitas compañía... ahora más que nunca.

Para su desesperación, ella no respondió. Ni siquiera se volteó a mirarlo. A medida que pasaban las horas, Ismael comprobaba que todo era muy diferente a lo que él imaginó que sería la escena entre ambos, una vez que todo hubiera terminado.

-Me dio la impresión de que la madre de Manolo te ignoró por completo.

No se le ocurría qué podía estar pensando Silvia. Ella no parecía triste ni nada de eso. Sólo fumaba, haciendo con la boca una curiosa mueca, como si imitara un cerdito.

-Sospecho que la señora sabe lo nuestro.

-Es posible- admitió Silvia haciendo una certera seña con las manos para indicarle a Ismael que no se moviera, una rana había llegado hasta el borde de su sandalia y ella tenía curiosidad por saber lo que haría.

-Entonces Manolo también lo sabía.

-Es posible, sí; no te muevas.

La rana rozó el pie de ella y se escurrió nerviosamente en la oscuridad.

-Pero tú siempre aseguraste que él no sabía nada.

-Dije que él ignoraba que se trataba de ti.

-¿Estás segura?

-No.

-Me vuelves loco.

-Manolo se estaba muriendo. Le importaba un carajo si eras tú o cualquier otro. Estaba hartos.

-Éramos amigos, Silvia, tú lo sabes.

Ella se levantó y salió de la terraza. El mimbre trenzado crujió como un relámpago vegetal. En la oscuridad del jardín se distinguían claramente sus pálidos brazos. Lentamente avanzó hacia la piscina y se lanzó al agua sin quitarse la ropa. Ismael la siguió y se quedó en el borde, viéndola nadar suavemente. Seguía siendo una experta nadadora, los años sin entrenamiento apenas le habían hecho mella. Se diría que más bien habían contribuido a restarle ese aire marcial de los deportistas profesionales y le habían conferido una deliciosa dejadez que se manifestaba aquella noche con gran coquetería.

-Yo apenas la había visto una vez, muy brevemente, antes de esta mañana -dijo él.

Silvia se había detenido. Estaba de pie, con el agua a la cintura y la cabeza ladeada, jugando distraídamente con las puntas de su largo cabello.

-¿Con quién habrá regresado?

-Con su chofer, Ismael. Tú los viste. Todo el mundo los vio. La tarde entera has estado con ese tema. Nos tenías nerviosos con el asunto de la pobre señora. Esa «pobre señora» es más fuerte que tú y que yo, más que Manolo, inclusive.

-Él la quería mucho.

-Manolo estaba harto, ya te lo dije.

-Disculpa, estoy muy perturbado.

La superficie del agua, apenas agitada por alguna hojita caída de los elevados árboles que circundaban la piscina, reflejaba la noche oscura y plateada.

-Te ves muy bella. Tan pálida y misteriosa vestida de negro. Nunca te había visto ese traje, ¿dónde lo compraste?

Ella corrió entre las aguas y se sumergió con fuerza, levantando las nalgas que brillaron en la noche. Como una sirena enfurecida, cruzó varias veces la piscina, describiendo largas brazadas, girando sobre sí misma como un suavísimo torpedo blanco y negro.

-Manolo... -gritó ella deteniéndose súbitamente en el otro extremo.

Ismael sintió un escalofrío. Miró por encima de su hombro y la miró a ella con expresión de temor.

-Manolo me lo trajo de Brasil en su último viaje. Es divino ¿verdad?

La lustrosa seda se había adherido a su cuerpo.

-El día que me lo dio, me pidió que me lo pusiera y entrara a la ducha.

-Y tú qué ¿lo hiciste? -la voz de él parecía a punto de convertirse en un sollozo.

-No. No pude.

En menos de un segundo, desapareció ella de su vista. Penetraba en el agua, rauda y suavemente, sin hacer saltar una gota, como si fuera un salmón de piel aceitada. Permanecía oculta por varios minutos y emergía en un punto insospechado, a veces justo bajo los pies de él.

-Perdóname, querida. Sabes, pareces una sirena.

-Estaba parada junto a la ducha, con el vestido puesto, iba a entrar cuando Manolo se desplomó. Ese día ingresó al hospital, lo demás ya lo sabes.

Una ráfaga de gotas transparentes atacó las piernas de Ismael. Ella, siempre fugitiva, se perdió de nuevo entre las aguas. Al rato salió a flote con el cuerpo estirado, emergiendo de medio lado, sirviéndose de un brazo como timón y dejando ver el perfil de su seno apretado bajo la seda.

-Silvia, yo... todo ha sido tan inesperado, tan agotador.

-Tú también sabías que Manolo iba a morir, él mismo te lo dijo.

-¿Cómo sabes eso?

-Lo sé.

-Sal de ahí y hablemos como la gente.

-Yo no soy gente -contestó ella en voz más alta de lo necesario y exhibiendo un repentino buen humor. Jugaba con [462] el agua a hacer pequeñas olas-. Desde ayer soy Viuda. Ven tú, hablemos aquí.

Ismael bordeó la piscina y se acercó a ella. El sonido de sus pasos parecía aumentado en la desierta medianoche; una brisa liviana agitaba la superficie del agua. Silvia regresó al agua y él se quedó en la orilla mirándola hasta que se cansó de jugar.

-Estaba tratando de recordar aquello que Manolo solía decir cuando terminaban las fiestas y todo el mundo se iba. ¿Lo recuerdas tú?

-Hacía mucho que no lo decía -respondió ella echándose hacia atrás, con los ojos cerrados como para evitarse la visión de la luna. Flotó lentamente hasta quedar detenida. Poco después salió de la piscina y se acostó en el suelo muy cerca de Ismael. De los lejanos potreros venía una brisa cálida que siseaba calladamente entre las ramas.

-«Quedarse solos -recordó Silvia con voz muy suave-, sentir el viento pasar, como a través de un oboe.»

(Una atmósfera de viaje)

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

